

Rafael Rojas

El arte de la espera

Notas al margen de la política cubana

ÍNDICE

CUBA EN SU LABERINTO por Antonio Elorza	11
CUBA ENTRE PARÉNTESIS	21

PRIMERA PARTE

Vaivén de la memoria

El peso del olvido	29
Preguntas a una historiografía naciente	33
Pasado binario	39
El fantasma del 98	42
Guerras de la memoria	46
El epitafio de Saco	49
La revolución y su fantasma	62
Breve historia del miedo	65
Otra secularidad	70
Una soberanía inconclusa	77
Cuarta modernización, cuarta república	80
El nuevo orden cívico	85

SEGUNDA PARTE

Estertores de la nación

La nación que nos falta	91
Sociología mínima del balseiro	94
(Di)(Semi)(Nación)	96
Una ciudadanía multicultural	100
Del espíritu al cuerpo de la nación	103
Tres imágenes nacionales	125
La toma de la palabra	127
Espejo de intolerancias	130
El hastío de los orishas	133
Tan lejos de Dios	136
Vivir entre imperios	139
Paleopolítica de la cultura	142
El arte de la espera	145

TERCERA PARTE

La democracia distante

¿Qué queda del comunismo en la democracia?	151
Por un socialismo con adjetivo	154
La tragedia del intelectual orgánico	159
Maquiavelo entre nosotros	162
La soberanía como chantaje	165
Una ley antinatural	168
¿Soberanía vs. democracia?	171
Causalidad diabólica	180
¿Por qué Cuba no es un país soberano?	183
Políticas invisibles	186
La paradoja revolucionaria	200
Entre la Revolución y la Reforma	203
BIBLIOGRAFÍA	221

CUBA EN SU LABERINTO

Antonio Elorza

En un cuento fantástico de Alejo Carpentier, "Viaje a la semilla", el protagonista tiene una noche la sensación de que los relojes con el paso del tiempo van marcando las horas en sentido inverso: primero las cinco, luego las cuatro y media, luego las cuatro. Es una extraña pesadilla, del tipo de las que te hacen emprender un recorrido inverosímil para acabar regresando siempre al mismo sitio. Un lugar del que desearías alejarte, y haces todos los esfuerzos para ello, pero sin resultado final alguno. Hasta que rompes el sueño presa de la desesperación. Sólo para descubrir que, en efecto, sigues donde estabas.

La lectura del libro de reflexiones de Rafael Rojas sobre la historia contemporánea de Cuba, *El arte de la espera*, suscita una impresión semejante. Los cubanos emprendieron su camino hacia una modernidad de apariencia esplendorosa, pero en la triste condición de "hijos del despotismo colonial", según el afortunado dictamen de Domingo del Monte. A fines del siglo XX, tras vivir el ensueño del nacimiento de una nueva sociedad, vuelven a encontrarse sometidos a un poder despótico, con el único consuelo de que esta vez su justificación es el mantenimiento a ultranza de la independencia. Su relación de dependencia política y económica respecto de un poder exterior quedó en el pasado siglo recogida en la estimación que sirviera para justificar las facultades del virrey español: la isla era una plaza sitiada. Hoy la independencia se proclama por sus gobernantes a los cuatro vientos, pero ellos mismos son también los primeros en reafirmar esa situación desfavorable, incluso exagerándola: en tanto que dure el embargo, y con él la confrontación con Estados Unidos, la condición de plaza sitiada seguirá existiendo. Por fin, la sumisión miserable del esclavo y la discriminación racial fueron abolidas, siendo el fin de la segunda uno de los principales logros del régimen de Castro, pero con el fracaso económico de éste y la búsqueda desesperada de una salida acudiendo al capital exterior, reencontramos en Cuba al borde del año 2000 un nuevo modo de producción cuasi-esclavista para la masa de trabajadores pagados

en pesos, quienes paradójicamente son según los textos oficiales los dueños del destino de la isla, y que en la práctica sobreviven a duras penas con salarios de miseria, generando en sectores como el turístico enormes plusvalías para los inversores extranjeros y para el Estado. El sueño de Cuba que alentara José Martí, queriendo ver convertida a la isla en pueblo solar del continente americano, algo que también ensayó con fuerza y sigue proclamando en el vacío el régimen revolucionario de 1959, ha quedado envuelto en una larga noche, similar a la que angustiara al "apóstol" en un prolongado exilio que también era precursor del sufrido por muchos de sus compatriotas.

Todo parece en Cuba condenado a volver hacia atrás, como la propia ciudad de La Habana, empeñada desde hace cuarenta años en un imposible regreso a la naturaleza, con sus hermosas construcciones que se desploman una tras otra, a modo de espejo de todas las esperanzas perdidas y de la miseria provocada, más que por el *bloqueo*, por la ineficacia económica del régimen socialista. En ella el pasado sobrevive por encima de todo, contra la pretensión castrista de haber edificado un nuevo mundo, muchas veces en forma de ruinas, otras en los antiguos nombres de las calles colocados entre paréntesis tras los oficiales que nadie utiliza, o en esos muertos vivientes que son los grandes automóviles norteamericanos de los años cincuenta.

Tal vez por eso resulte tan necesario en la actualidad, para muchos visitantes de la isla, escapar a la realidad pavorosa que tienen ante sí. Están contemplando un barco hundido que navega a velas desplegadas. O más de uno. Por lo menos, el del esplendor prerrevolucionario que impregna aun el paisaje urbano y el tipo de relaciones humanas aun vigente, tan alejado del monolitismo y de la deshumanización burocrática propios del socialismo real. Y el de las promesas de la revolución, reflejadas aun en los carteles y pintadas impuestas por el discurso oficial, pero negadas brutalmente por la realidad cotidiana. En conjunto, son imágenes que interpelan una y otra vez al observador de la vida cubana, y que le obligan a formularse demasiadas preguntas. De ahí la tentación a huir, bien refugiándose en el discurso del régimen, con su constante llamamiento a la complicidad supuestamente "revolucionaria", bien mediante la inmersión en un medio social cargado de cordialidad, sentimientos amistosos y ganas de fiesta.

Además, esa realidad cubana es muy compleja. Lo es en el presente y lo ha sido en el curso del último siglo. Pensemos que la guerra de los cubanos por su independencia fue la única de las insurrecciones de pueblos coloniales que no acabó con el triunfo de una de las dos partes

contendientes, sino con la de un tercero que se alzó con el santo y la limosna, pero tampoco de forma completa y definitiva. El anexionismo avanzó a favor de corriente hasta que la "foolish Joint Resolution" del Congreso norteamericano, le opusiera el 20 de abril de 1898 la barrera de la independencia. La enmienda Platt fue conscientemente un sucedáneo de la anexión, en el pensamiento de su promotor, pero su resultado fue en gran medida contraproducente. Dio pie a una tutela, pero también a una profunda frustración del sentimiento nacional. La tensión alcanzaba también a los dirigentes de la insurrección cubana. Rara vez en la historia de los dos últimos siglos se ha dado el espectáculo de que el primer presidente de una república, cuyo logro de la independencia culmina una durísima lucha, sea en realidad contrario a dicha independencia y partidario de la incorporación a Estados Unidos. Tal es el caso de Tomás Estrada Palma, cuyos juicios de última hora, en 1908, sobre la inmadurez de los cubanos para conservar la libertad sin la anexión a Estados Unidos parecen estar dictados por el desánimo tras su fracaso como gobernante, que cierra invocando la intervención en nombre de la enmienda Platt. Pero es que esa toma de posición pesimista se encuentra ya recogida treinta años antes, casi al final de la guerra larga, cuando en enero de 1878 escribe a los hermanos Gener y les valora las distintas posibilidades que aguardan al patriotismo cubano. "Convencidos de que jamás llegaría a ser un país libre, bajo la dominación española, aceptamos como una cruel necesidad la guerra de Independencia", reconoce Estrada Palma. Pero el fin último es la libertad, entendida como la conversión de Cuba en Estado más de la gran federación norteamericana ("que, digna y preciosa, se ofrezca a la Nación vecina, como parte integrante de ella"). Comprensible, pero insólito.

Un pueblo que lucha por su independencia, pero cuyas elites en parte se inclinan por renunciar a ella y trocar la dominación española por otra dotada de una mayor carga de modernidad; una antigua metrópoli que pierde su mejor colonia en una guerra desastrosa, pero que luego recupera la relación con ella, tanto en el plano de las relaciones comerciales como de los flujos migratorios; una gran potencia que interviene en el conflicto entre el pueblo cubano y España, aparentemente en favor de aquél, en la práctica para afirmar una hegemonía que no logrará consolidar. Para todos, en medio de un bosque de paradojas, el legado de 1898 consiste en una serie de frustraciones. España arrastrará las deficiencias causantes del desastre, como el problema militar, tanto en su vida política como en la infortunada experiencia colonial subsiguiente en Marruecos.

Estados Unidos tropieza una y otra vez con la inseguridad de la vida política cubana en su propósito de ver estabilizada su tutela. Y Cuba deberá abonar, en el orden político, el mayor coste en la operación. Su proceso de construcción nacional se verá sometido, en relación a los Estados Unidos, al recorrido pendular que va de la dependencia a una confrontación que no por eso la libera del influjo del gran vecino. La economía nunca se librá de la orientación a depender fundamentalmente de aquel gran mercado. Esas debilidades de base se traducirán en la fragilidad de la democracia, y en una propensión a la dictadura de intensidad tal que la supresión de la protagonizada por Batista resulta únicamente el escabel sobre la que se monta la de Fidel Castro.

Es una trayectoria histórica de tipo laberíntico, poco propicia para las simplificaciones dualistas, y que justifica el recurso a Hegel por parte de pensadores cubanos de la segunda mitad del siglo XIX. La prosperidad de Cuba se monta sobre las exportaciones de azúcar que desembocan en un cuasi-monopolio de demanda protagonizado por los Estados Unidos. El bienestar de hoy crea la dependencia de mañana, y ésta última condiciona decisivamente desde el ángulo económico, antes de hacerlo desde el político, la formación de la nacionalidad en la Isla. Por otra parte, la conciencia de esa posición dominante en el plano de las relaciones comerciales hace que Cuba, para Estados Unidos, acabe perdiendo entidad propia, limitándose a ser una pieza más en el marco de su expansionismo hegemónico sobre el Caribe. La composición interna de la población cubana tampoco representa un factor de integración, con las diferencias raciales, más las secuelas de la esclavitud, y el desajuste entre un Oriente más pobre y de color y un Occidente rico y españolizado en sus ciudades. La insatisfacción resultante, a pesar del crecimiento económico registrado entre 1898 y 1959, explica la tentación de dar con una solución simplificadora, apoyada como en 1868 y 1895 sobre una insurrección militar, de justicia para el pueblo marginado por la forma de independencia, con un tajante nacionalismo para responder a la presión del "águila temible". Ahí tenemos a Castro.

Para rehacer el hilo de Ariadna que nos permita encontrar los caminos en este laberinto cubano, Rafael Rojas ha debido pensar que lo mejor era conferir a su libro, *El arte de la espera*, una estructura también laberíntica. El hilo conductor está siempre presente, la reflexión sobre la secuencia que se abre con el proceso de gestación de la independencia para acabar en la crisis indeterminada que hoy experimenta el sistema castrista. Pero esa reflexión se fragmenta a su vez en un